

La destrucción de todas las cosas, un palimpsesto

◆ Anne Reid

En esta novela, publicada en el quinto centenario del descubrimiento del llamado Nuevo Mundo, Hugo Hiriart re-escribe los acontecimientos de la conquista, los cuales están ubicados en un tiempo futuro cuando los extraterrestres, los Otros, conquistan México alrededor del año 2010. Esta conquista futurista es una analogía de la conquista de 1521, una analogía que funciona en varios niveles, por ejemplo: la destrucción de las creencias antiguas; el re-emplazamiento del viejo orden por un sistema ajeno y cruel; la imposición de un nuevo idioma y de nuevas creencias; la introducción de otros métodos de transmitir el pasado y la represión sistemática. Al mismo tiempo, ciertos personajes de la conquista original retoman sus papeles.

En *La destrucción de todas las cosas* Hiriart retoma un acontecimiento clave en la historia de México —la conquista— y replantea la narración de los acontecimientos históricos para discernir hechos que a menudo no son narrados por las fuentes históricas. Demuestra un sentido problemático tanto de la historia como de la ficción, desmitificando personajes y hechos históricos. Crea una metahistoria que contribuye a la discusión contemporánea sobre el problema del saber histórico y el problema

de narrar la historia. A la vez crea un mundo metaficcional, es decir, comenta, directa o indirectamente sobre el proceso narrativo y su creación, reflexiona sobre la dificultad de la memoria, qué conservar y qué tirar, cómo estructurar y ordenar los recuerdos, y cuáles luchan por ganar un lugar y cómo retenerlos cuando los medios de difusión y transmisión son sistemáticamente aniquilados por los invasores. En específico nos hace cuestionar la memoria histórica y social de los vencidos frente a los conquistadores, quienes impiden la retención de una memoria que va en contra de la dominante y hacen todo en su poder para evitar su transmisión.

Se puede incluir la novela dentro del género de la llamada nueva novela histórica, género que aspira a proporcionar una relectura de la historiografía oficial, la cual termina siendo incorporada y transformada en la narrativa con el fin de dar voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido. Es decir, en un intento de reescribir el *saber* histórico ratificado e impuesto por el poder oficial (sea éste eclesiástico, monárquico o estatal), Hiriart reinterpreta los documentos disponibles que tratan de la conquista. Además, al desempolvar estos documentos para reescribirlos,



los novelistas de la nueva novela histórica descubren las lagunas históricas e intentan rellenarlas o cubrirlas en las versiones novelísticas de la historia.

Esta novela, por una parte fantástica, se ocupa de dos tendencias de la ciencia ficción que tienen que ver explícitamente con la situación socio-histórica de América Latina: el tema del extraño — el representante simbólico de otra raza— y el del fin del mundo. Esta conquista del futuro es narrada desde el punto de vista de los vencidos y para entender la novela en toda su complejidad hay que recurrir a los textos del siglo XVI y también a las visiones apocalípticas del fin del mundo. La visión apocalíptica del fin del mundo es un tema recurrente en la historia y se encuentra en los escritos del *Antiguo Testamento*. Sin embargo, al referir a esta tradición dentro de un contexto americano hay que examinar cómo esta tradición ha sido reinterpretada a través de los siglos y cómo llegó a tierras mexicanas.

El tema del *Apocalipsis* se acerca a una visión utópica del futuro, dependiendo del punto de vista. Al analizar las creencias de los primeros *doce* franciscanos que llegaron a la Nueva España en 1524, quienes representaban simbólicamente a los *doce* apóstoles del *Nuevo Testamento*, arrojamus luz

sobre su misión y la conquista espiritual. A ellos les correspondía dirigir la empresa de la conquista espiritual para crear la Iglesia Indiana en nombre del Rey, piloto elegido por Dios. En la *obediencia* con que los doce franciscanos fueron enviados al Nuevo Mundo dice: “El día del mundo va declinando a la hora undécima, sois llamados vosotros del Padre de las campañas, para que vais a su viña”.¹ El objetivo de los franciscanos era emprender una cruzada para convertir a los indígenas a la *verdadera fe*, antes del fin del mundo. Los franciscanos tenían una concepción compleja de la historia basada en las lecturas de las *Sagradas Escrituras*, del libro de *Revelación* de San Juan y la división de la historia de Joaquín de Fiore (1130-1202). En la Edad Media este monje italiano desarrolló una compleja interpretación simbólica del *Antiguo Testamento* donde periodizó la historia de la humanidad en tres tiempos: el *Antiguo Testamento*, el *Nuevo Testamento* y finalmente la época del *Espíritu Santo*.²

Esta última etapa sería una edad de armonía, que estaba aún por llegar y, una vez comenzada, habría de durar mil años. Para los franciscanos el descubrimiento del llamado Nuevo Mundo representó un acontecimiento clave dentro de la periodización de la historia en tres etapas y para ellos era una señal de que el tiempo del Espíritu Santo

¹ Obediencia con que fueron enviados fray Martín de Valencia y sus compañeros. Fray Gerónimo de Mendieta. *Historia eclesiástica indiana*. México, Porrúa, 1993, p. 204.

² Para mayor información acerca de Joaquín de Fiore y su percepción del mundo véase N. Cohn. *The Pursuit of the Millennium, Revolutionary Millenarians and Mystical Anarchists of the Middle Ages*. London, Pimlico, 1970.

estaba a punto de realizarse. Por lo tanto, tenían que convertir a los indígenas antes del juicio final. Es decir, la visión utópica de América como lugar de la Nueva Iglesia Indiana enlazaba con la del milenio de armonía y paz de la visión apocalíptica de la historia de Joaquín de Fiore, pero también se remontaba al *Antiguo Testamento*, por ejemplo, en los escritos de Miqueas (4, 3-5), donde la siguiente profecía está escrita:

“Y muchas naciones vendrán y dirán ven, déjanos llegar a la montaña del Señor... y Él nos enseñará sus leyes y seguiremos sus pasos. Y juzgará entre muchos pueblos y humillará fuertes naciones lejanas. Y forjarán arados con sus espadas y hoces con sus lanzas; y ningún pueblo alzaré las armas contra otro, y ninguno aprenderá a hacer la guerra; sino que cada hombre se sentará bajo su parra y bajo su higuera; y nada le inspirará temor; y todas sus gentes caminarán en el nombre de Dios para siempre jamás.”

En la visión utópica franciscana, América era el lugar simbólico donde se podría realizar las profecías del *Antiguo Testamento*, del libro del *Apocalipsis* y de Joaquín de Fiore.

Para los españoles, la conquista del Nuevo Mundo era impulsada por la divina providencia, un proyecto concebido por Dios y que, según Mendieta, el promotor más entusiasta de la Iglesia Indiana,

“fué elegido Cortés para el descubrimiento y conquista de esta tierra... como a otros Moisés a Egipto”.³ Así crea un referente simbólico —el *Antiguo Testamento*— e inscribe la historia de la Conquista dentro de un marco bíblico y la historia de la Conquista se convierte en palimpsesto. Sin embargo, en su escritura, también palimpsestual, Hiriart hace burla de esta percepción de la conquista: el narrador anónimo preguntando: “Cuánto trabajo, pero cuánto, de verdad, me cuesta creer que en los designios de la Providencia haya figurado nuestra espantosa destrucción y completo aniquilamiento. Son cosas que no se pueden entender”.⁴ Aquí vemos que existen dos percepciones de la conquista y hay que ubicarlas en el siglo XVI. Es decir, aunque para los españoles la empresa de la conquista era dirigida por Dios, no obstante, los términos de referencia eran muy diferentes para las poblaciones indígenas, primero porque el Dios cristiano no formaba parte de su cosmovisión y segundo porque la creación de la idea utópica de la Iglesia Indiana era más bien una experiencia apocalíptica para las comunidades indígenas. En palabras del narrador: “La destrucción de todas las cosas se presentaba como su salvación”, sin embargo, “el significado puede variar y... la escena deleitosa se convierte... en una escena de horror, y el sueño grato se transfigura en pesadilla”.⁵ Es decir, lo que era utópico

³ Mendieta, *op. cit.* pp. 171, 175.

⁴ En H. Hiriart. *La destrucción de todas las cosas*. México, Era, 1992, p. 191.

⁵ *Ibid.*, p. 119.



para los franciscanos era lo opuesto para la población indígena que estaba a punto de ser sometida a otro orden desconocido.

En *La destrucción de todas las cosas* el propósito del narrador es contar la “verdadera historia” de la conquista. En relación con esto, es pertinente recordar que en el siglo XVI la palabra historia estaba estrechamente vinculada con la autoridad y con la verdad, es decir, presumía ser un relato verídico. Por ejemplo, una de las razones de por qué Bernal Díaz de Castillo escribió su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* fue para impugnar las *Cartas de Relación* de Cortés y *La historia general de la conquista de la Nueva España* de López de Gómara. Es decir, se suponía que su relato era realmente verídico, por eso se enfatiza que es una historia verdadera. Sin embargo, en la novela Hiriart da validez a la historia de los vencidos, no de los vencedores. Así, nos hace cuestionar acerca de las historias de la conquista y donde se encuentra la verdad. Además, al escribir en primera persona las experiencias de la conquista, nosotros, los lectores, entramos directamente en el ambiente de terror y desesperación sentido por los vencidos. De esta manera nos hace repensar todavía más la conquista anterior y el horror y espanto que hubiera causado en los mexicas.

Existen varios paralelos entre la Conquista de Cortés y la conquista de los Otros. La narrativa empieza con los presagios que anuncian el fin del mundo tal como los protagonistas lo conocen, llamados “repeticiones” en la novela, que “era[n] un anuncio tímido y vacilante de los grandes juegos incomprensibles que pronto inundarían el país”.⁶ Estas “repeticiones” son seguidas por un regalo, símbolo de “paz” de los Otros a los mexicanos: la anémona. Aunque realmente es una paz irónica, tal como los regalos de cuentas y espejos ofrecidos por Cortés. La intérprete, que juega el mismo papel que la Malinche, es una borracha llamada La Jitomata que “desde el principio fue traductora o monitor de los Otros, y cuando capturaron el Patria Linda se fue a vivir con Oó a sus cuarteles”.⁷ Oó es el equivalente al capitán Cortés y con La Jitomata tiene un hijo mestizo, o, en el lenguaje impuesto por los Otros, una “lengua repugnante”, tiene un “impuro o perplejo”.

Uno de los acontecimientos de la conquista retomado por Hiriart es la matanza en el templo de Huitzilopochtli, esta vez ubicado en el Palacio de Bellas Artes —una matanza no tan alejada a lo que querían hacer los Chechenes en Moscú—. Otro acontecimiento es la muerte de Moctezuma, o en este caso, del presidente Comezón. Sin embargo para

⁶ *Ibid.*, p. 31.

⁷ *Ibid.*, p. 142.

entender la implicación de la versión de Hiriart es necesario recurrir a los textos de la conquista. El narrador en *La destrucción de todas las cosas* cita, en un momento paródico, a un historiador contemporáneo, Héctor Krauze Florescano quien en su “curiosos estilo arcaizante” escribe: “fue muerto a puñaladas, que le mataron los Extraños a él y a los demás funcionarios que tenían consigo la noche que huyeron”.⁸ No obstante, existen dos corrientes principales acerca de la muerte de Moctezuma: la versión de los vencedores, quienes atestiguan que los indígenas mataron a Moctezuma con una pedrada; y la versión de los vencidos, quienes alegan que Moctezuma fue asesinado la noche anterior por los españoles. El *Códice Ramírez* sostiene que aunque los vasallos lanzaron piedras a Moctezuma, no lo mataron, dado que “había ya más de cinco horas que estaba muerto, y no faltó quien dijo que porque no le viesen herido lo habían metido una espada por la parte baja”.⁹

La versión de los vencedores ofrece otra interpretación. Bernal Díaz de Castillo escribe lo siguiente: “Le dieron tres pedradas, una en la cabeza, otra en el brazo y otra en la pierna; y puesto que le rogaban se curase y caminase

y le decían sobre buenas palabras, no quiso, antes cuando no nos catamos vinieron a decir que era muerto.”¹⁰

Lo interesante de esta obra es que Hiriart escribe las dos versiones contradictorias, pero hace burla de la versión de los Otros y así también nos hace cuestionar acerca de las múltiples versiones del siglo XVI y la manera de transmitir el pasado. El narrador dice, en relación con la muerte del presidente Comezón que: “Los otros quisieron hacer creer que Comezón había muerto, y qué curioso, de una pedrada, por las tropas mexicanas durante la primera sublevación, pero no es verdad, el gran orador loco... fue matado a sangre fría por los Extraños cuando sintieron que ya no les servía de nada.”¹¹

Después de la muerte de Moctezuma el presidente Comezón sigue el sitio de Tenochtitlan-México y las descripciones de la represión, la hambruna y el derrumbamiento de los monumentos: “se trataba de demoler la ciudad, de no dejar piedra sobre piedra, de hacer borrón y cuenta nueva a todos y cada uno de los edificios de la gran ciudad”,¹² tal como los conquistadores españoles en su misión de crear la nueva Jerusalén. Cortés escribió: “quemá-

⁸ *Ibid.*, p. 141.

⁹ *Códice Ramírez: relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias*. México, Porrúa, 1980, p.144.

¹⁰ B. Díaz del Castillo. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Vol I, México, Porrúa, 1960, p. 391.

¹¹ *Códice Ramírez, op.cit.*, p. 142.

¹² *Ibid.*, p. 197.



bamos y destruimos su ciudad, y que no había de parar fasta no dejar della ni dellos cosa alguna”.¹³ También existe la falta de entendimiento cultural. Los españoles destruyeron los templos prehispánicos y en la novela “a la hora de quemar y demoler los templos... todos tenían la misma furia incomprendible”¹⁴ y volaron las iglesias, el Monumento a la Revolución, los cristos crucificados, los murales de Orozco, Rivera y Tamayo, los coches, las plumas fuente, las estatuas de bronce, el mezcal, los periódicos y revistas, etcétera.

También la vida después del sitio es parecida a la del siglo XVI. La población sufre de hambruna, de enfermedades y epidemias desconocidas y sigue una catástrofe demográfica. Asimismo, sus costumbres como “las danzas indecentes y escandalosas” y “supersticiones” son desarraigadas y también sus creencias cristianas, la imagen del Cristo siendo pura herejía. Incluso los medios de transmisión del pasado son destruidos o confiscados, en la misma manera en que fueron quemados los códices prehispánicos. Así se transforma la memoria de los mexicanos y el narrador cuestiona la veracidad de los textos que todavía existen. Dice: “los libros convencionales de historia que andan por ahí, y no han sido confiscados, contienen también muchas inexactitudes *ex post facto*, cuando, la ver-

dad, casi no podemos acordarnos, o nos acordamos con una nostalgia fantasiosa, de cómo era todo esto antes de que Ellos llegaran.”¹⁵

Hasta los métodos de control y vigilancia son iguales. Recordamos que en el siglo XVI los franciscanos educaron a los hijos de los caciques y principales en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y los usaron para evangelizar y también para delatar a los que seguían adorando a los dioses no cristianos. Fray Bernardino de Sahagún escribe: “Estos muchachos sirvieron mucho... para destripar los ritos idolátricos que de noche se hacían, y las borracheras y areitos que secretamente y de noche hacían a honra de los ídolos, porque de día éstos espiaban.”¹⁶

Lo mismo pasa en esta conquista ficticia donde “lo insoportable es que separen a los hijos de los padres y los eduquen ellos, educados para que desprecien y aborrezcan todo lo que nosotros somos y hemos sido”. También en el retrato que hace George Orwell de una sociedad totalitaria en 1984, los hijos son los que denuncian a sus padres, entregándolos a la Policía del Pensamiento y que “era casi normal que personas de más de treinta años les tuvieran un miedo a sus hijos”.¹⁷

Tal vez la descripción más evocativa y desalentadora de la conquista se encuentra en los *Anales*

¹³ H. Cortés. *Cartas de relación*. Madrid, Castalia, 1993, p. 275.

¹⁴ En H. Hiriart, *op.cit.*, p. 62.

¹⁵ *Ibid.*, p. 45.

¹⁶ En B. Díaz del Castillo, *op.cit.*, p. 581.

¹⁷ G. Orwell. *1984*. Barcelona, Ediciones Destino, 1999, p. 31.

históricos de Tlatelolco, escrito por un autor indio anónimo de Tlatelolco, donde muestra las dimensiones del sufrimiento humano durante el sitio:

Los gusanos hierven por las calles y las plazas,
y los sesos han salpicado las paredes de las casas.
Las aguas están como rojas, están como teñidas,
y cuando las hemos bebido
hemos bebido agua salitrosa.
Y entonces bebimos esa agua salitrosa.
Golpeamos entonces los muros de ladrillo,
y nuestra herencia no era más que un hoyo.¹⁸

Esta última frase, “y nuestra herencia no era más que un hoyo”, resalta la problemática de la memoria histórica y de su transmisión. Finalmente, todas las cosas son destruidas y la novela se convierte en “un alegato y un testimonio para ver si alguien algún día nos puede llegar a entender”. Cuando situamos esta frase dentro de un contexto histórico y también tomamos en cuenta que los Otros “no quieren ningún testimonio, nada de lo nuestro les interesa, a menos que representen dinero” nos hace repensar todo nuestro “conocimiento” acerca de la conquista.

También nos llevar a cuestionar la veracidad de los textos novohispanos que documentan las creencias de las poblaciones indígenas. En *La destrucción de todas las cosas* los habitantes de México se quedan “sin ciudad, sin idioma, despojados de calendario... nos quitaron también el espacio, ¿qué queda de nosotros?, nos rompieron como puntilla de lapicera, plic, y no somos más que fantasmas, menos que fantasmas, un latido apenas, un poco de humo de la gran fogata que levantó la ciudad disolviéndose lentamente en aire, ya casi imposible”¹⁹

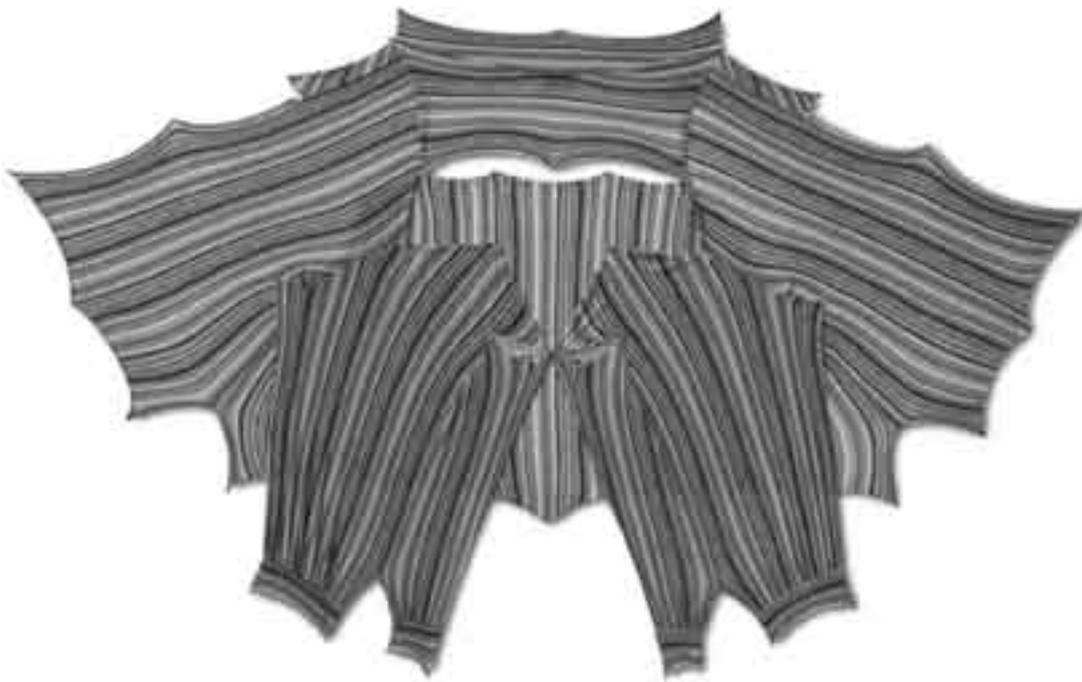
Para concluir, aunque a primera vista aparenta ser una novela fantástica y también paródica, el hecho de que está basada en textos históricos del siglo XVI y en una conquista e invasión anterior, nos lleva a repensar la escritura de la historia, la transmisión del pasado, y la naturaleza cíclica de la historia. ¿Será que en un tiempo no tan lejano la historia se repetirá y que todas las cosas serán destruidas de nuevo?

*Habrà en todas
nuestras tierras y señoríos
grandes calamidades y desventuras; no quedará
cosa con cosa; habrá muertes innumerables.*²⁰

¹⁸ “Anales históricos de Tlatelolco”, en G. Baudot y T. Todorov (eds.). *Relatos aztecas de la conquista*. México, Grijalbo, 1990, p. 199.

¹⁹ En H. Hiriart, *op.cit.*, p. 161.

²⁰ La profecía de Nezahualpilli escrita en D. Durán. *Historia de las indias de Nueva España*. Vol 2, México, Porrúa, 1967, p. 469.



Playera de rayas rosas, 2000